

PÍO XII CUMPLE 80 AÑOS

Desde aquel "tu es Petrus et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam", que Jesucristo dijo a Pedro en Cesarea de Filipo, el Papado ha sido y será el principal instrumento utilizado por Dios para iluminar a los hombres. Aunque Pío XII no poseyera especiales cualidades personales, el hecho de ser Vicario de Cristo le haría acreedor a nuestra sumisión y homenaje, festejando, como ha hecho el mundo católico, este su octogésimo aniversario.

Pero Pío XII, dadas sus cualidades, aun a título personal merecería nuestra gratitud y nuestro homenaje. Es, sin duda alguna, uno de los Papas que pasarán a la historia como de los más extraordinarios en la ya larga serie de Vicarios de Cristo de estos dos milenios de vida de la Iglesia. Cada año que pasa, en el campo de la teología, del derecho, de la filosofía, de cuantas ciencias, en fin, tengan relación con el fin supremo del hombre, va dejando el sedimento de sus luminosas enseñanzas. Difícilmente podrá hacerse en el futuro la historia de la cultura en nuestro tiempo sin tener que citar a menudo y en los capítulos más divergentes el nombre de Pío XII.

No trata Pío XII, claro es, de la ciencia por la ciencia. No es esa su misión. Pero ha vivido siempre de cara al saber. Apoyado en los altos principios de la revelación, de la filosofía y de la ciencia, tres fuentes de conocimiento que, como él ha dicho, son "rayos de un mismo sol que mutuamente se completan", aclara conceptos, corrige errores, da orientaciones precisas. A veces se quedará en las altas regiones de la inteligencia, como cuando replantea, en sus discursos a la Pontificia Academia de Ciencias, el viejo problema de las relaciones entre la ciencia y la filosofía y su armonización con la fe; a veces descenderá más bajo, dialogando familiarmente con sus hijos de todo el mundo: deportistas, hoteleros, sastres, banqueros, cineastas, periodistas, médicos, juristas..., para quienes tendrá siempre la palabra precisa y oportuna; pero, en uno y otro caso,